

Una casa paterna “ecuménica”

Fue hijo de soltera, por tanto, nacido ilegítimamente. En absoluto lo que uno se imagina por regla general para un futuro sacerdote. En este momento sus padres ya tenían incluso una niña de dos años, algo que hubiera sido muy valiente en la Belle Époque, pero a principios del siglo XX todavía se era bastante mojigato. ¿Cuánto se debió cuchichear sobre el “desordenado matrimonio” de sus padres? En una ciudad como Berlín aún se hubiera podido aceptar esto. Pero ¿en Hüttenfeld? Este pequeño y placentero lugar, que hoy pertenece a Lampertheim, está en la llanura renana, cerca de Mannheim.

La madre, María Bernauer, era católica y procedía de una familia de agricultores. Dio a luz a su hijo en Mannheim el 15 de Septiembre de 1.907 en una clínica de partos. Dos días más tarde el niño fue bautizado en la parroquia católica más importante con los nombres de Friedrich Alfred. El libro registro de bautizos declara el nombre del padrino: “Adam Thomas, comerciante, evangélico de Frankfurt”.

Un padrino evangélico – tampoco esto cuadraba con el concepto católico totalmente. La madre no pudo imponer evidentemente lo que ella hubiera hecho. Exactamente un mes más tarde se casaron los padres del pequeño Friedrich Alfred y el libro registro de bautizos fue complementado con la siguiente inscripción: “Legitimado por matrimonio del 15.10.1907 en Heidelberg. Padre: Johann Adam Friedrich Delp”.

Seguramente la pareja hubiera emprendido antes el rumbo hacia el altar. La cuestión sólo era: ¿ante quién? Johann Delp era evangélico como la mayoría de los habitantes de Hüttenfeld, y esto podría haber conducido a ambas familias a considerables desacuerdos. El abismo entre católicos y protestantes parecía insuperable y, en el mejor de los casos, podía allanarse por el amor. Por regla general, no se tenía la menor confianza en ello. Por ambas partes se temía perder la salvación del alma si uno trababa relaciones con un heterodoxo. Las causas tenían motivos históricos. Hacía más de 300 años que la población pertenecía a Kurfalz. Según el principio “cuius regio, eius religio” el príncipe reinante determinaba cual era la fe que aceptaban sus súbditos. Entre los años 1.556 y 1.649 tuvieron que cambiar siete veces de confesión religiosa. Dos veces fueron luteranos, dos veces calvinistas, una vez calvino-luteranos y dos veces católicos. Después de finalizar la Guerra de los Treinta Años se pudo sostener de forma duradera la Iglesia Reformada (calvinista) en Pfalz. Sin embargo, en 1.822 fue defendida también la tolerancia religiosa con la Constitución del Gran Ducado de Hesse. Dos años más tarde se fusionaron los cristianos luteranos y reformados en la Iglesia Evangélica “unida”. La relación entre católicos y protestantes permaneció tirante todavía hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Los cristianos católicos tuvieron que esperar largo tiempo por una Iglesia propia. Ya en 1.868 propusieron la construcción de una capilla católica. Sin

embargo, en Julio de 1.923 fue preparada para ellos provisionalmente una sala en la antigua fonda "Zur Wildbahn" para la Misa. Después consiguieron los católicos su propia casa de Dios "auténtica". La Iglesia del Corazón de Jesús fue levantada junto al Centro P. Delp e inaugurada por el entonces Obispo Karl Lehman.

Existía una estrecha conexión entre confesión religiosa y status social. Como en muchas zonas de Alemania, los católicos de Kurpfalz pertenecían a los estratos más pobres dentro de la población. Una circunstancia que repercutió más tarde en la disputa de Delp con las cuestiones sociales y su contribución en el círculo de resistencia Kreisauer.

Las causas para las diferencias sociales motivadas por la confesión religiosa remontan siglos. La formación escolar para todos es al fin y al cabo el resultado de la Reforma y un mérito de Martín Lutero, que también abogó para que las chicas fueran enviadas a la escuela. Sin embargo, esto no se realizó hasta después de su muerte. "Por amor a la Iglesia tiene que haber escuelas cristianas, pues Dios conserva la Iglesia por medio de las escuelas, las escuelas conservan la Iglesia." Esta cita de la sobremesa de Martín Lutero señala que escuela y formación desde la Reforma están inseparablemente unidas con el protestantismo. La Reforma dio importantes impulsos a la educación y a la formación. El protestantismo se convirtió en un "movimiento de formación". Las primeras escuelas e internados evangélicos se originan inmediatamente en el curso de la Reforma. A este "disfrute" de la enseñanza escolar general llegaron en primer lugar los niños de Wittenberg, antes de que este modelo fuera implantado en otros lugares. El que la formación para todos fuera tan importante para Lutero, tenía buenos argumentos. Aquí se halla el convencimiento de la Reforma: la fe y el saber van emparentados. Quien es responsable de su fe, tiene que poder leer la Biblia. Una concepción que la Iglesia católica no quiso compartir durante largo tiempo, pues quien podía leer y escribir y, por consiguiente, disponía de una cierta formación, estaba en situación de caer en su propio juicio y reaccionar críticamente. Reflexionar, analizar, rebelarse, esto era para la Iglesia católica como también para los príncipes católicamente intencionados la consecuencia lógica; en ello veían comprensiblemente un peligro de la formación para todos. Poder y dinero se hallaban en juego. Súbditos incultos eran más fáciles de conservar en dependencia y, por tanto, más manipulables. Por regla general, pocos católicos fueron los que después de la implantación de la enseñanza obligatoria para todos, accedieron al camino de la amplia formación para alcanzar un amplio saber. Y estos pocos pertenecían por regla general al estado clerical, sobre todo para los niños notoriamente inteligentes – aquí de nuevo los hijos (no las hijas)- sólo había un camino para conseguir una carrera académica: la entrada en el Seminario.

En las zonas que, en su mayoría, eran de cuño católico imperaba por ello una pobreza mucho más grande que en las regiones protestantes. Éste era el caso, por ejemplo, en la Alta Baviera, en Austria

o en el Alto Palatinado después de la Contrarreforma hasta la primera mitad del siglo XX. En las zonas, confesionalmente mezcladas, los católicos pertenecían más bien a la clase labriega y obrera, mientras los protestantes con frecuencia llamativa estaban dedicados a profesiones académicas.

Esto mismo sucedió en la casa Delp. La madre de Alfred trabajaba como cocinera en una casa militar. Procedía de una familia católica, en la que se ganaban el pan como agricultores y zapateros. Los labradores de Hüttenfeld intentaban sacar algo de rendimiento del suelo arenoso: espárragos, pepinos, judías, tabaco y, en pequeñas cantidades, vino que crecía bien en el suave clima de la región de Bergstrasse en el Sur de Hesse. El lago de Lorsch era desecado con regularidad a fin de conseguir pastos para el ganado.

La familia del padre, por el contrario, era protestante desde hacía generaciones. Ésta había producido en las primeras generaciones teólogos significativos; predicadores de corte y superintendentes estaban entre ellos como Johannes Viëtor, Johannes Angelus o Heinrich Leuchter. El padre de Alfred había concluido su formación como comerciante. En 1.920 encontró un empleo en la Caja de Enfermedad local. Al parentesco de la familia Delp pertenecía también el conocido socialdemócrata Heinrich Delp, que murió en el campo de concentración de Dachau. Que Alfred Delp se ocupase más tarde intensamente en un nuevo orden social y se hiciese sacerdote, tiene algo que ver con su fondo familiar. La cuestión social era en aquel tiempo un tema de rabiosa actualidad y Alfred Delp percibió la diferencia entre pobre y rico de primera mano – una diferencia que estaba vinculada a la confesión religiosa. Con seguridad Alfred Delp leyó más tarde también los escritos del sociólogo Max Weber. Éste sospechaba, no por casualidad, una inmediata conexión entre religión y éxito económico. Además vio sobre todo en el calvinismo el fundamento para el capitalismo. El reformador suizo Calvino (1.509 -1.564) predicó la doctrina de la predestinación, según la cual Dios ha predestinado a quien llega como elegido al cielo y como condenado al infierno. Según esto sólo el elegido tiene éxito. Su prosperidad, según la filosofía calvinista, es una señal infalible de la bendición de Dios, una bendición sobre la que el elegido no puede descansar, pues la riqueza obliga a las buenas obras y aún más al servicio. Quién por medio del duro trabajo alcanza el prestigio y la riqueza – así es el convencimiento calvinista – a éste Dios le muestra ya en la tierra que es elegido para la vida eterna. Con este fundamento se formaba un nuevo tipo de empresario, pues el trabajo tenía que racionalizarse para conseguir aún más éxito. De forma impresionante esto fue demostrado por los hugonotes. Ellos inventaron, por así decirlo, la división del trabajo, el trabajo a destajo y el salario a destajo, es decir, según la interpretación calvinista, era recompensado aquel que era competente y activo. No es en absoluto exagerado afirmar que muchas innovaciones económicas sobre todo en USA y Holanda no serían pensables sin la enseñanza de la Reforma.

Disciplina, diligencia, economía: El gigante americano del petróleo Rockefeller reunió como ningún otro estos pilares del calvinismo. A los ojos de Max Weber era el prototipo del empresario moderno. Rockefeller consideraba sus miles de millones no como propiedad suya sino como “dinero de Dios”: según su opinión, le era prestado por Dios y consideraba como tarea honrosa administrarlo fiduciariamente y aumentarlo.

Que los católicos como empresarios naufragasen más frecuentemente o bien no probasen ni siquiera suerte como empresarios estaba unido, según la opinión de Weber, a la falta de ética profesional y a la orientación hacia el dinero completamente diferente. Ya que se contaban entre los pecados mortales el enriquecerse personalmente por medio de los negocios, los católicos trabajaban menos que sus correligionarios protestantes. Sus ambiciones profesionales tenían límites. Tradicionalmente estaban acostumbrados en su mayoría a las profesiones campesinas. Encarnaban lo típicamente conservador. El éxito de su trabajo estaba aquí no tanto en su propia responsabilidad sino que dependía para bien o para mal de Dios. Si la cosecha brotaba era una cuestión del clima y éste de nuevo estaba en las manos de Dios. En el curso de la industrialización se encontraron de nuevo muchos católicos como obreros en las fábricas. Es interesante que tampoco para Delp era cuestión de azar el que alguien emplease su vida como obrero o como agricultor; él consideraba esto como fruto de la “Providencia divina”, según expresó el Papa Pío XI.

Gemeinsam gegen Hitler

de Elke Endrass

ágs. 14-19

www.vacarparacon-siderar.es